

# saco



bienal de arte contemporáneo  
contemporary art biennial  
antofagasta / chile

---

## ecosistemas oscuros

### TEXTO CURATORIAL

Las ratas y cucarachas pertenecen a las especies mejor preparadas para soportar un exterminio. Su adaptación a condiciones adversas del entorno, superior a la de otros seres vivos, les puede asegurar a la larga una posición dominante. La batalla final no se gana con garras y colmillos, sino aguantando en el escondite mientras el resto es eliminado. La historia de la vida en la Tierra es en el fondo una cadena de estrategias de resistencia.

Varios miles de millones de años antes de las ratas y las cucarachas, incluso antes de la liberación del oxígeno en la atmósfera, apareció lo que llamamos vida, en su forma más remota. En el siglo pasado los biólogos definieron los parámetros de temperatura, salinidad, sequedad y acidez límites, fuera de los cuales ningún organismo podría resistir. Como consecuencia, los astrónomos achicaron el mapa del cielo en su búsqueda por vida extraterrestre, solo a lugares que cumplieran con estas condiciones. Con el campo tan reducido, la posibilidad de encontrar algo era próxima a cero. Era la época entre los 50 y los 80, un periodo en que el deseo de hallar a extraterrestres desencadenó en la literatura y el cine una ola creativa de seres semejantes al humano, pero transfigurados. La imaginación suele rellenar los vacíos cuando los hechos quedan cortos.

Un lugar extremo por excelencia es el desierto de Atacama. Tanto, que hace casi doscientos años Charles Darwin afirmó que allí no puede existir ningún tipo de vida. El naturalista alemán radicado en Chile, Rodolfo Philippi, lo confirmó unos años más tarde, definiendo el destino minero de esas interminables y vacías llanuras rocosas. Si los parámetros limitantes de la vida establecidos hace medio siglo fueran ciertos, el proceso de evolución probablemente nunca se

hubiera iniciado. A varias generaciones de hombres dedicados a la ciencia les jugó una mala pasada su fe en los sentidos. Pensaban que lo que veían era todo, que la existencia de algo más, escondido allí debajo, era simplemente imposible.

Recién hace aproximadamente dos décadas surgió el interés por la “biosfera oscura”, los microorganismos del subsuelo que desafían cualquier teoría sobre lo que la vida puede soportar. Allí aparecieron los poliextremófilos, campeones de la resistencia, que se sienten excelente en las asépticas paredes de las naves espaciales y están listos para viajar a Marte, a un especulativo encuentro con sus pares. Producto de las múltiples condiciones extremas del espacio, son justamente esos seres los que esperamos encontrar allá. Algunos de ellos son capaces de aguantar una radiación cósmica de rayos-x mil veces superior a lo que podría aguantar un humano, y exponerse a una presión atmosférica seis mil veces mayor que la existente en la superficie terrestre. Otros devoran ácido, o suspenden sus procesos metabólicos incluso por siglos, manteniendo su integridad celular y capacidad para crecer y reproducirse cuando reactivan sus funciones vitales.

Si solo pudiéramos ser como ellos. Saber detenernos por completo. Navegar entre los límites líquidos de la vida y la muerte. Junto con nuestra fisiología, suspender también nuestros deseos, angustias y miedos, esperando el momento propicio para volver. Posponer una mente que no es compatible con su tiempo. Alimentarse de lo que más abunde. No relacionarse. No respirar.

La historia de la ciencia nos ha demostrado que buscamos solamente donde esperamos encontrar algo. Pareciera razonable, pero resulta muy limitante, porque los ecosistemas oscuros habitan zonas inaccesibles e inhóspitas, tanto de nuestra mente como del planeta. Al fin y al cabo, la forma de nuestra cabeza se parece a la de la Tierra.

Idea original: Dagmara Wyskiel  
Edición: Carlos Rendón